



Pierre Béghin

PRÓLOGO

Siempre esa necesidad, esa voluntad de ir deprisa, de precipitar el movimiento y la reflexión que lo acompaña. ¿Ahorrar material? A primera vista, disponemos sin embargo de suficientes reservas, sobre todo Pierre, cuya mochila es la más surtida. Es él quien, en ese momento, lleva lo esencial: clavos, varias estacas de nieve, suficientes metros de cuerda, así como una nada desdeñable cantidad de víveres. Es cierto que el tramo que estamos cruzando es complicado, y el siguiente apenas lo es menos, pero superada esta doble prueba comienza una pendiente de hielo más cómoda, mucho menos inclinada, que nos conducirá hasta el siguiente vivac, donde hemos dejado parte de nuestro equipo. La recomendación de Pierre parece acertada. Es más, ni siquiera se me pasa por la cabeza plantearme ninguna otra cosa. Retiro mi piolet y lanzo un «OK» enfático en medio de la tormenta.

En el momento de ponerse a caballo sobre la cuerda e iniciar el descenso, Pierre se debate con los cincuenta centímetros de su piolet, que se interpone entre sus piernas hasta

el punto de obstaculizar sus movimientos. Reflejo inesperado: suelta la herramienta de su arnés y me la tiende, acompañando el movimiento con esta simple petición: «Cógelo, ya me lo devolverás más tarde...»

Me encuentro enfrente, ligeramente inclinado sobre él, con la espalda pegada a la pared. A la inversa, Pierre está de cara a la roca. Baja un metro, y otro, sin aprensión, sin sobresaltos, como quien recorre los dos primeros peldaños de una escalera anodina. Entonces la pendiente desaparece a causa de un ligero desplome. Un desplome insignificante, pero que, lógicamente, aumenta la tensión de la cuerda, que, inmediatamente, se tensa como la de un arco. Han pasado dos segundos a lo sumo. Tiempo suficiente para que el friend –el *amigo*– salte de su fisura como el tapón de una botella de champán.

Los acontecimientos se precipitan. La cuerda, látigo desamparado, se suelta y restalla cerca. Entonces veo cómo Pierre se va, la cara mirando al cielo, los brazos impotentes, la espalda sobrecargada por su enorme mochila. Está cubierto por su capucha, parece un muñeco indefinible, ¡y sin embargo sus ojos están ahí, me atraviesan con su mirada! Dos luces que se eternizan en el vacío. Dos interrogantes habitados por el horror. Pierre desaparece, su cuerpo se desvanece, su silueta es absorbida por la nada, pero sus ojos siguen ahí, interrogándome.

Entre el momento en que Pierre me pasa su piolet y el instante en que desaparece en el vacío, han transcurrido treinta segundos, no más. Pierre no ha pronunciado ni una palabra, ¡pero yo estoy chillando! ¿Cuánto tiempo habré permanecido en este estado? ¿Cinco minutos, media hora? He perdido la noción del tiempo. Estoy temblando, murmuro algunas frases imprecisas, vuelvo a gritar. Las turbinas que soplan cerca se vuelven aún más insoportables. Ya no es un asunto de mala visibilidad: es noche cerrada. Y sin embargo, deben de ser las once de la mañana, las doce quizás.

Mi cerebro tarda un tiempo exagerado en recomponer el puzzle de los acontecimientos. Pierre ha caído, pero ¿habrá podido recuperarse en la pendiente? Con mis manos a guisa de megáfono, voceo más y más e insisto como un loco. Sin creer en el milagro. No ignoro que, pasada la *goulotte*, la pendiente es vertiginosa y se prolonga sin tregua durante casi dos kilómetros. Es de Pierre de quien se trata, por supuesto, ¡pero también –durante un instante, prevalece el pragmatismo– de la mochila! O más bien de su ausencia. Mal que bien, hago el recuento de mis últimos compañeros de viaje: un arnés, un anillo de cuerda, una tienda, un hornillo, muy escasa comida, dos piolets, uno de ellos el que Pierre me pasó *in extremis*. Francamente, la situación no es muy brillante.

¿Cuánto tiempo habré de esperar antes de que el alpinista se sobreponga al naufrago, antes de que el sentido común consiga sofocar, aunque sea un poco, el incendio de emociones? ¿Media hora más? En primer lugar, razonar. Después actuar. Y sólo entonces, finalmente, tranquilizarse. Es la regla de oro que se impone en mi cabeza. La regla que me sugiere mi instinto de supervivencia, mi deseo de librarme de lo peor. En el lugar en el que me encuentro, sin cuerda y sin clavos, no tengo ninguna posibilidad de salir con vida. A menos que la desesperación me ordene dar el todo por el todo, salir a flote, encontrar, cueste lo que cueste, una puerta de salida. Para no rendirme y quedar, para siempre, prisionero del Annapurna.